Año XIII Núm. 4,468
FUNDADO EL 14 DE ENERO DE 1917

LA NACION

ES PROPIEDAD M. C. R.

EDICION DE 26 PAGINAS

PRECIO EN TODO EL PAIS: 30 CENTAVOS

SANTIAGO DE CHILE, MIERCOLES 10 DE ABRIL DE 1929

AGUSTINAS 1269. — CASILLA 81-D.

Una visita al maestro don Juan Francisco González

EL MAS QUERIDO DE LOS PINTORES CHILENOS VIVE EN UN BARRIO EXTRAÑO.—UNA CASA DONDE NADIE RESPONDE.—DON JUAN FRANCISCO ES EL MISMO DE SIEMPRE.—UNAS ROSAS ADMIRABLES.—CENTENARES DE CUADROS QUE TAPIZAN LOS MUROS.—"EL BOCETO ANTES QUE EL CUADRO TERMINADO".—ACUSADO DE "MANCHISTA" Y DE INCONCLUSO.—UNA JUBILACION MISERA PARA VEINTIOCHO AÑOS DE CALIDA ENSEÑANZA.—UNA OPORTUNA CATEDRA DE DIBUJO LIBRE. — "IR A LAS GRANDES MASAS".—ENSEÑANDO A VER.—RECUERDOS DE PROFESORADO. — LA PEDAGOGIA HASTA EN EL ARTE.—COMO DEBERIA SER LA ESCUELA DE BELLAS ARTES.—"UNA FIERA PALESTRA DE DIBUJO".—NADA DE PROFESORES DE PINTURA. — CRITICOS, REVISTAS Y VIAJES POR CHILE.—LOS ALUMNOS DE DON JUAN FRANCISCO.—UNA CLASE QUE "ERA UNA EXPLOSION".—LOS "CROQUIS EN TRES SEGUNDOS" Y LO QUE DIJO DELACROIX. — UNA ANECDOTA DEL MAESTRO MOCCHI. — CUANDO DON JUAN FRANCISCO TENIA DOCE AÑOS.—LA SUERTE QUE CORRIERON EN PARIS DOS CARTONCITOS.—TODAVIA PROYECTOS

La Estación Central ha quedado atrás. Buscamos, sin apresurarnos, el N.o 3628. Un sol de otoño, tibio y dorado, va con nosotros por la acera sur de la que es hoy la continuación de la Alameda y se llamaba antes la Avenida Latorre. Parece que, junto con la estación, hubiera quedado Santiago, detrás del horizonte. Se suceden bodegas, barracones, garages, cobertizos. Pocos autos,—salvo góndolas—, muchos carretones vienen y van. El suelo está tapizado de briznas de pasto. Uno piensa, sin querer, en Valparaíso! Junto a la calzada, corre una alameda polvorienta, callada, casi raquítica, con bancos de piedra y un tranquilo aire provinciano. Nosotros, a ratos, no sabemos dónde estamos. Seguimos, sin embargo, lentamente, palpando el sol de otoño, embebidos en este trozo de vida popular, revuelta, bravía. ¿Vivirá aquí don Juan Francisco, entre esta baraúnda, con su aire de soñador sempiterno?

Y es aquí, en efecto, en el N.o 3628, en esta casita de un solo piso, de fachada lechosa, con dos ventanas y una puerta estrecha en un extremo; es aquí donde vive don Juan Francisco González, nuestro viejo amigo, el viejo amigo de todos, el viejo maestro — siempre adolescente — de la pintura chilena. Un zaguán arranca de esta puerta estrecha y una verja de hierro intercepta el paso. Entre los barrotes, se columbra un patiguelo embaldosado, algo triste, tal vez si muy ciudadano, y, por eso mismo, ingenuo y conmovedor. Muchas plantas—higueras, palmeras, rosales, geranios, yedras — se suceden en el patiecillo, en maceteros de todos tamaños, de todas formas.

Tocamos el timbre y aguardamos tranquilamente con la mirada perdida en la calle provinciana, pensando en este hombre que se ha dado todo entero en la paleta, pensando, también, en el otoño que ya asoma su faz de sangre en los viejos árboles de esta alameda polvorienta. Pasan algunos minutos. Volvemos a tocar el timbre. Transcurren otros minutos. Tampoco viene nadie. Hay un gran silencio en toda la casa. Tocamos por tercera vez. Requetemos el llamador. Los golpes, retumbando, van a perderse en el patiguelo. Afuera, en la calle siguen rodando carretones, autobus, tranvías, transeuntes. Aguardamos todavía algunos segundos, ganados por la tranquila paz que aroma este patio familiar. Por fin, casi impacientes, utilizamos al mismo tiempo el timbre eléctrico y el llamador de hierro. Un ligero ruido nos denuncia, por fin, la existencia de un ser humano en la casita. Es el mismo don Juan Francisco, con su cabeza nívea y su rostro moreno, con los ojos enrapotados por un sueño que hemos interrumpido, abrochándose el chaleco, tratando en vano de domesticar una corbata flotante que tiene un lírico gesto de vuelo. Es el mismo don Juan Francisco que avanza por el zaguán, que nos examina y, sin una palabra, nos franquea la puerta, nos tiende una mano enflaquecida y vamos, nos hace pasar con un breve y casi seco:

—¡Adelante!

Hemos caído, maquinalmente, en un pisito que nos ha brindado, a mitad del patio, don Juan Francisco. El viejo maestro ha acercado una silleta oscura, se ha sentado en ella, nos ha mirado de hito en hito, examinándonos, de alto a bajo, con sus ojos maliciosos y penetrantes, apenas disimulados bajo los anteojos con borde dorado, que van a perderse tras la oreja en un albo bucle de cabello indómito. En seguida, tras algunos minutos, nos ha dicho:

—¿Y bien?

—Nada, don Juan Francisco. Una visita que venimos a hacerle. Nada más.

—¿Una visita? — dice con voz agresiva, acercando a nosotros su rostro de halcón de arcilla —¿Una visita? ¿Para qué?

—Para "La Nación". Esté tranquilo, don Juan Francisco. No queremos saber nada, averiguarle nada, arrancarle nada. Sólo queremos verle, charlar un rato, ver sus cuadros, dejar desgranarse, como un racimito de uvas, algunos buenos cuartos de hora, junto a usted en su casa, en su hogar.

—Esta no es mi casa—prorrumpe, casi colérico, don Juan Francisco—ya le acerlo, pero no me gustan no: La mía era otra, la de Jotabeche; allí tenía, allí tengo mi taller; le había tomado cariño a esa casa; pero era un barrio infernal, un barrio de rufianes; tuve me obligaron punto menos a que dejara la casa. Aquí no tengo taller, no tengo nada. ¿Qué quieren ver, entonces?

—Nada, don Juan Francisco, nada; sólo verle a usted. ¿No le estamos viendo?

El glorioso pintor, en jarras frente a nosotros, se balancea en la punta de los pies. Es el mismo tipo inconfundible que han amado y distinguido varias generaciones; el mismo don Juan Francisco que hace volverse a tantos en la calle para verle pasar; el mismo pintor, bohemio y poeta, cargado de gloria y de talento, con su figurante vacilante y enérgica a la vez, su espalda algo encorvada, su cuerpo enflaquecido, su vestir descuidado, al desgaire, donde las prendas parecen haber vestido solas, como por arte mágico, una silueta quebrada, angulosa, llena de sorpresas. Es el mismo vestón con algo de blusa a lo Marcelo de Mürger; la misma corbata, rebelde y flotante, aleteando como un pájaro bajo un cuello cualquiera; el mismo bastón, delgado, nervioso, hecho para completar el ademán en una discusión estética; hasta el mismo chambergo, de alas vencidas y copa informe.

Una recia cabeza del notable pintor chileno

Pero, sobre todo, don Juan Francisco, en su rostro, es el mismo de hace dos, cinco, diez años. Una vez más nosotros, sin darnos cuenta, nos dejamos envolver por la sugestión lírica, por el hechizo bohémico que hay en ese rostro lleno de nobleza y de picardía a la par. Ese rostro donde las melenas profusas y cenicientas, gallardamente peinadas en bucles largos, arrancan de la frente amplia, pasan por sobre las orejas, caen sobre el occipucio, rematan en el mismo cuello; donde los ojos no pierden nunca su húmedo fulgor espiritual ni tampoco una latente llamarada de malicia, de cazurrería criolla. Una nariz algo corva, afilada, como de ave de exploración o de rapiña; una boca dolida y autoritaria a la vez; un mentón belígerante; unos pómulos salientes en exceso; bigote blanco, casi níveo, espeso, crecido como en selva y una mosca, también blanca, que ocupa la flaca barbilla; una tez morena, de color de barro, cocida, surcada de arrugas como grietas, con la epidermis quebradiza, parecida a la greda: tal es el rostro de don Juan Francisco.

—¿Qué no quieren pasar a ver los cuadros? ¡Estoy solo en casa!

—sentimos que nos grita el viejo maestro. Avanzamos hacia donde parte la voz. Es una pieza oscura, donde, al entrar, casi no vemos nada. Poco a poco, distinguimos un hacinamiento de objetos: cuadros, marcos, pinturas; un lavabo; un estantillo con libros; muebles antiguos, de estilos varias veces centenarios; dos lechos también antiguos; unos muros sombríos tapizados casi hasta el techo de cuadros: óleos y más óleos: naturalezas muertas, paisajes, una que otra cabeza. Nos acercamos bien y vamos reconociendo al inconfundible don Juan Francisco: son naturalezas muertas— flores, frutas—riquísimas de calidad pictórica, carnosas, trabajadas con amor y con fuego, chispeantes de color; son paisajes tratados casi con lujuria, con un paroxismo romántico, con una honda vibración íntima: paisajes en que llora el otoño chileno sus lágrimas de oro y de sangre, sus hojas color de cobre, sus cielos de intenso añil; son, también, cabezas, bosquejadas triesamente, en un momento de inspiración, apenas terminadas como si el artista hubiera desdeñado hacerlo y pasado, al galope de su frenético temperamento, a otra, y a otra, y a otra...

—¡Vengan a ver estas rositas!—dice el maestro, extrayendo cuatro telas pequeñas y saliendo con ellas al paticecillo. Es lo último que he hecho. Estoy contento de ellas. Son puras, alcanzadas, frescas. Son cándidas: tienen la esencia misma de los modelos. Así había querido yo siempre llegar a pintar. Así. Hoy lo he alcanzado. Y no estoy contento, sin embargo...

Nosotros, absortos mirando las telas, apenas lo oímos. Son cuatro conjuntos de rosas blancas, prístinas, virginales: trabajadas con levedad y solidez al mismo tiempo, tratadas con una técnica poderosa y una emoción indescriptible; hechas temblando, como por un niño que fuera a tomar un juguete precioso. El viejo pintor-poeta, mientras tanto, con los ojos húmedos, sigue mirando sus rosas. Las acaricia, como a hijas, con la mirada y, como a hijas, parece que las regañara.

—Han gustado mucho—dice—Rafael Correa me dijo que me renovaba. ¡Claro que me renuevo! Aunque ya estoy viejo, viejo; ésa es la verdad. Tal vez por eso, de repente, no me gustan estas rosas. Están demasiado concluídas. Tienen algo de irremediable. Me recuerdan que puedo quedarme aquí y no ir más allá. Sería una desgracia. En arte sólo vale la intención, el impulso, lo por hacer; siempre es mejor el boceto que el cuadro terminado: en el bosquejo está todo el ardor, la pasión, la veleadura íntima del individuo; en el cuadro concluído está la academia, la retórica, lo que está amasado. ¡Ut! Por eso me acusan de "manchista" de impresionista, de no terminar mis cosas. ¡Já, já! En Buenos Aires también —los tan sabios— me criticaron que no concluía mis cosas. Y hasta en Francia, ante unas telitas que llevó Cousiño y que les voy a mostrar— dice desapareciendo ágilmente y tornando con dos paisajes aun calientes, aun terminados de hacer, donde el campo chileno desborda todo sus colores violentos y quemantes— también dijeron lo mismo. ¡Que eran inconclusas! No las tenía todas conmigo y eso me agradó mucho. ¡Valiente cargo! No concluyo las cosa. ¿y qué? ¿Hay tanto arte en retocar, en acaramelar, en amanerar lo que ha salido, como un chiquillo, de uno mismo, envuelto en sangre, en ardor, en impulso? ¿Hay tanto arte? Y, si lo hay, mío de ese arte...

No hemos dicho una palabra. Gozamos profundamente viendo que don Juan Francisco, a pesar de los años, está más joven, más enhiesto, más libérrimo que nunca; con el corazón más henchido y más fruta que nunca.

—Y eso que estas rosas, todas del mismo rosal, me dieron harto trabajo. De veintidós estudios, sólo quedan cuatro; estos cuatro que ustedes ven. ¿O, también creen que no trabajo? Lo que hay es que no me amanero, no me envuelvo en trazadas para pintar, no tengo que fijarme un horario para producir. Pero estas rosas están condenadas a quedarse aquí, a mi lado. ¿Y qué tanto? Así las quiero, les cobro cariño. No se van a vender. No son para la gente. Son cosas demasiado de uno. Nadie podría pagar el precio que valen. Y aunque no tengan sino un precio cualquiera. ¿Ven ese paisajito? Pues vino un joven inglés de la Legación a comprarlo para regalárselo a su Ministro para su matrimonio. No se lo pude llevar. Parece que lo encontró caro. ¡Mil quinientos pesos y tan chico! Menos mal que se le ocurrió comprar una pintura para obsequiarle a su jefe en vez de adquirir cualquiera chuchería. Esos gringos valen. No hay duda. Pero no lo soité. Y eso que estaba pobre. ¿No se sientan?

Todo esto lo ha dicho don Juan Francisco golpeando las palabras, brillándole los ojos, encendiéndosele la voz al pasar por entre los labios y los dientes, todavía fuertes. Se hace un silencio largo. Nosotros amamos mucho su charla para interrumpirle en nada. Hace un guiño. Nos clava más de cerca la vista. Parece mascullar algo. Sigue:

—Y eso que estoy, que estaba, mejor dicho, embromado! ¡Sí!—afirma enérgicamente, respondiendo a una interrogativa mirada nuestra—me habían rateado la jubilación. ¡Seiscientos pesos! Con eso no se puede vivir. ¡Y después de haber enseñado veintiocho años! ¡Y no pedagógicamente, caramba, con sangre, con nervio, con pedazos de mí! Bastaría una encuesta entre los artistas y los muchachos para verificar que yo fuí el único que enseñé intensamente, dándome todo. Esa jubilación me había dejado casi mendigando, obligado a vender mis cositas; y vender así, ir a ofrecer un cuadro, es pordiosería; no se puede vender con dignidad: no es lo mismo que aceptar que le compren. ¡Qué diablos! Pero ahora la cosa ha cambiado. Vino el Director de Enseñanza Artística, ese niño García, a decirme que se iba a crear una cátedra de dibujo libre, para mí, en la Escuela. ¡Allí sí que vamos a pelear fuerte, continúa, con los ojos fulgurantes y la voz desafiadora, don Juan Francisco,— Bueno, eso me gusta mucho. Va a ser un curso especial, financiado por los propios alumnos; sólo me facilitarán el local y, tal vez, los modelos. ¡Cómo está abolida la Escuela, no hay que pensar en ningún auxilio del presupuesto! Pero eso no importa; la cuestión es trabajar, confiar. ¿Saben ustedes cuál es mi método?

Nosotros decimos que nó con la mirada.

—Enseñar al individuo — dice, acalorado, don Juan Francisco— a ver; a ver y ejecutar rápidamente; a poner el corazón en la cosa; a dar un golpe; acostumbrarse a ver simple; a tener retentiva visual; a ser capaz de hacer un croquis en tres segundos; a poder atisbar una cosa en la calle y hacerla, de memoria, al llegar a casa. ¡Sorprender el movimiento! ¡Ir a la masa! ¡Ver las grandes masas y nunca los detalles! Ir, desde el primer momento, al fondo de la cosa. Hasta en el retrato. Retratos vivos, calientitos: nada de retratos amasados a fuerza de paciencia. Así lo hice, muchos años, en la Escuela.

—¿Muchos años, don Juan Francisco?

—Algunos, pues. Yo hago clases desde el año 84; desde 1884 a 1890, hice clases en el Liceo de Valparaíso; era rector don Eduardo de la Barra, gran talento. ¡Con él era hermoso trabajar! Después estuve aquí y allá. Después, Alvarez de Sotomayor, en 1910, me hizo nombrar profesor. Dijo que yo iba a ser una inyección para la Escuela. No se engañaba. Tanto no se engañaba que otros vieron lo mismo y, por eso el nombramiento no lo vine a tener hasta el año 1914. ¡Esa Escuela! Nunca dejó de ser un pozo de pasiones encontradas: nunca dejó de estar en manos de gentes que no sabían la cosa. ¿Por qué? ¡Vaya uno a saber! Yo me mantuve retirado. He tenido y tengo amigos. No me han faltado. Pero no he querido acercarme a nadie. El arte no es cuestión de acercamientos ¡vaya! Es cuestión de producir, de ser, de tener sangre en las venas. Luego ¡esa maldita pedagogía!

—¿Qué pedagogía, don Juan Francisco? — decimos un poco asustados.

—Esa que quiere apoderarse de todo y dirigirlo todo con sus métodos y sus pragmáticas. El arte no es eso. ¿Qué va a serlo! Ese criterio pedagógico, estrecho, ajustado a teoremas, pretendió también hincar su garra en la Escuela. ¡Qué colmo! Allí quisieron, también, los pedagogos, darle un carácter matemático, frío, geométrico al arte. Esta cosa viva de inculcar principios de belleza a los demás, no la entiende el pedagogo, ni el fraile, ni el pintor mismo, a veces, cuando no ve más allá de sus narices. El chico que hace una cosa de memoria, porque sí, porque es capaz de hacerla y, también, porque no podría dejar de hacerla: ese sí que sabe el movimiento, la dinámica de la cosa!...

Es inútil. Esos pedagogos acabaron con el último resto de razón y de sentido artístico. Todo lo que se haga en Bellas Artes será perdido, perdido sin remedio; estará extraviada, perdida, la enseñanza; también andan perdidos los conceptos primarios de estas cosas. ¡Es penoso! ¡Es triste!

¿Habremos sorprendido una lágrima vacilando en la profunda oquedad de la ojera? ¿Una lágrima a punto de rodar por la mejilla morena y descarnada? Don Juan Francisco mueve la cabeza y dice lentamente, con la voz apagada, con los ojos distraídos:

—¿A qué mortificarse tanto con estas cosas? Al fin y al cabo, no son más que chifladuras de uno!...

—¿Y cómo debería ser la Escuela, don Juan Francisco?

—¡Ah!— dice el viejo maestro, sacudiendo las melenas, adelantando en ristre la nariz.—La Escuela debería ser una fiera palestra de dibujo. (Y de composición, naturalmente). No debería haber profesor de pintura en ella: el profesor aplasta a los alumnos, tuerce sus temperamentos, trae un yunque de experiencia y en él forja todos esos temperamentos que no deben pertenecer sino a sus dueños. Cada uno ¡qué diablos! debe pintar como quiere, como se le manda su impulso, su visión del mundo, su ebullición íntima. No hay peor disparate que constreñir las individualidades: eso significa anular a los muchachos. Todo profesor de pintura, por talento que tenga y personal que sea, los aplasta sin remedio. Creo que sólo hay un caso, el de Carbaneli, profesor de la Academia de París, elegido por los propios alumnos, que supo conducir a esos potrillos fogosos a buena meta. Debería también, haber un crítico, culto, sereno, avisado, abierto a todos los vientos del espíritu; el no indicaría su camino a los muchachos, sino que les haría ver otros. Yo haría que la Escuela contase con revistas, muchas revistas, con buenas reproducciones; no para que los muchachos imitaran, nó; para que acomodaran el ojo, simplemente.

También sería, para mí, parte de la enseñanza hacer viajar a los alumnos. Pero no por Europa; nada de eso. Por el país ¡sí, señores! Por este Chile único para un pintor. ¡Qué se empapen en esa ensalada de verdura que es el sur! ¡Que lleguen hasta el norte y vean lo grande, que aprendan lo grande, no en tamaño, sino la manera grande, noble, simple, única!...

—¿Alumnos suyos han sido casi todos los pintores jóvenes?

—Casi todos, sí. Fuí profesor de todas esas chicas con tanto talento: Enriqueta Petit y Marta Vilanueva, extraordinarias; Inés Puyó León, que tiene el porvenir entre las manos; también fuí profesor de María Tupper de Aguirre; de María Valencia, gran talento; de Anita Cortés, mi mejor alumna. Entre los hombres también tuve algunos distinguidos; el inquieto y talentoso Morí; este muchacho Del Pedregal que va a llegar lejos; Vargas Rosas, lleno de condiciones; el arquitecto Juan Martínez que triunfó en el concurso para el pabellón de Sevilla; Laureano Guevara, mi mejor e inolvidable alumno; Waldo Vila Silva, otro de los más valiosos; Augusto Eguiluz, etc. ¡Han sido tantos! ¿Cómo recordarlos, así, de un solo golpe? Pienso en ellos y pienso, inmediatamente, en mi clase de la Escuela. ¡Mi clase florecía! ¡Era una explosión! (Otra vez tiembla una perla líquida en las pestañas del viejo maestro). ¡Qué de croquis! Cada clase me robaba la energía y me dejaba, después, tendido en el lecho horas enteras. ¡Es que me daba entero a eso de enseñar, de hacer brotar lo que se siente, de encender el fuego divino en otras almas más jóvenes, más perennes que la de uno!... ¡Los croquis en tres segundos! ¡Las grandes masas! ¡Allí está todo! Delacroix, un enorme pintor francés que manejaba muy bien la cosa, decía: "El dibujante que no es capaz de hacer un croquis de un hombre al caer desde un tercer piso, no es un dibujante". Eso, eso mismo: contornos, movimientos, grandes masas, dinámica de los cuerpos. Eso mismo: golpe de vista fiero, de un tirón; ver poderosamente; rápidamente; ser diestros, muy diestros; ver con los ojos del espíritu y del corazón. ¡Ese es arte, arte noble, arte grande! ¿Bustitos? ¿Yesitos? Zarandajas...

—Ahora que me acuerdo—exclama, tras un rato de trepidante silencio, don Juan Francisco, sin poder contenerse ya— les voy a contar lo que me pasó con Mocchi ¿ustedes saben? aquel pintor italiano que vino a enseñar pintura a Chile hace tantísimos años. Yo era un muchachito. Estudiaba en la Escuela. Vi una vez un boceto lindísimo de un retrato a Ignacio Domeyko. Era bello, realmente. Mocchi, no se podía negar, sabía el oficio! Un día me mandó llamar y me dijo: "Lo he mandado llamar para que vea cómo se termina un retrato!" Yo, impávido, le contesté: "Me gustaba infinitamente más el boceto: éste está ya helado: parece de mármol". Mocchi se descompuso entero; con voz ronca, sólo pudo proferir: "—El arte no es un boceto. Hay que ir al natural". Yo le contesté: "Es que entonces hay que buscar el natural". Mocchi palideció de rabia y no dijo una palabra. Domeyko, que estaba presente, le dijo, con una extraña sonrisa: "—¡Caramba, Mocchi, que le ha salido aprovechado el discípulo!" ¿Fué una ironía? No lo sé. Lo único que me importa es que, desde entonces, yo tenía fijada ya mi posición en el arte, la de toda mi vida.

—¡Usted habrá pintado mucho, don Juan Francisco, desde hace muchos años!

—Mucho, tal vez como nadie: sí, seguramente, como nadie en Chile. Sólo ahora ha venido a decaer la producción. He vendido tanto. Creo que se podrían empapelar ciudades enteras con cosas mías. ¡Pero si hubo años, enteros, en que me pintaba tres cosas al día! ¡Y pasaban los años, y la producción no decaía! Eran otros tiempos ¡qué hacerle! Ya estoy viejo.

¿Cuánto tiempo que pinto? No me acuerdo. Ni yo mismo lo sé. Desde que era niño, muy niño. Tenía diez o doce años cuando mi padre me llevó donde el pintor Manuel Tapia Portus, para que me dirigiera; este vió en mi disposiciones y prefirió trespasarme a Pedro Lira. Lira me hizo llevarme a casa un dibujo de Ingres para traerlo en la misma tarde. Lo hice, lo traje, lo convencí. "¡Está bien!—me dijo—ya puede entrar a la Escuela!" Estudié, dí rienda suelta a mi corazón; llegué hasta a ser alumno distinguido, en tiempos de don Diego Barros Arana; no me enviaron nunca, sin embargo, a Europa. Para eso había que estar cerca de alguno de los señores feudales que dirigían el arte...

—¡Pero usted, ha ido a Europa, don Juan Francisco!

—¡Claro! Tres veces. Dos por mi cuenta, en 1888 y 1897. La tercera, en 1906, fué por cuenta de mis ricos y constantes compradores, don Carlos Cousiño y don Julio Prá. ¡Ambos querían que fuera a estarme un año allá para que, a la vuelta, pudieran tener más que comprarme! ¡Qué admirable! Esos eran grandes señores, sabían respetar el arte.

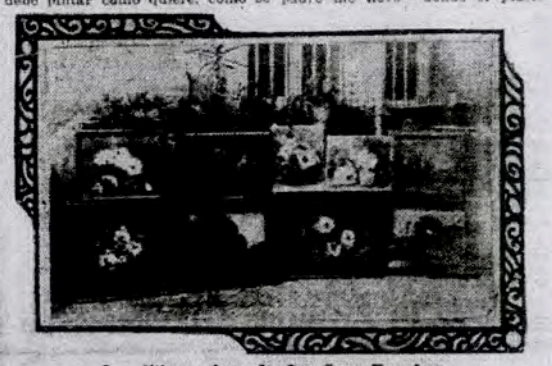
Ahora que ando metido hasta los codos en el pasado, ahora, recuerdo lo que aconteció en París, en el Gran Salón del Palacio de la Industria, con dos cartoncitos que se llevó a Europa mi hermano Simón, el difunto escritor. Simón los guardó arrinconados en su taller hasta un día en que varios artistas franceses lo convencieron de que debía presentarlos al Gran Salón. Simón, escéptico, lo hizo. Con gran sorpresa de él, los aceptaron. Me escribió entusiasmado. Después cuando fué a verlos no los encontró en parte alguna. Creyendo en alguna equivocación o burla, estaba ya desesperado, cuando le hicieron observar que los dichosos cartoncitos no estaban en lo alto del muro, confundidos entre aquellas treinta mil obras presentadas, sino, por el contrario, muy abajo en sitio destacado, en la primera sala. Conservo los catálogos y todo. No me entusiasma, pero, en todo caso, no deja de halagarme, así, a la distancia, después de tantos años...

—¿Y proyectos, don Juan Francisco?

—¿Proyectos? Hacer algunas cositas más; juntar unas treintas; después exhibirlas; nada de exposición, ni de venta. ¡Ya no quiero perder más cuadros. Veremos si con ese curso que tan gentilmente me han otorgado el Ministro y el director de Enseñanza Artística, veremos si con ese curso no ando en tranco de pordiosería artística otra vez. ¡Ojalá!

Ha caído ya la tarde. El cielo está estriado de rojo. La sombra se deja caer como un ladrón o una fruta negra encima del patiecillo. Se hace un largo silencio. Una infinita melancolía lo invade todo. Don Juan Francisco, como un boxeador fatigado, reposa sin hablar mientras los ojos le vuelan por el atardecido y la aguileña cabeza sigue alzada, inquieta, mirando hacia el cielo. Nos levantamos para irnos. Don Juan Francisco nos acompaña. Cierra la casa. Echa a andar a nuestro lado por la calle, llena de ruido y de aglomeración. A su lado, ya de noche, nos parece vivir un sueño.

Don Juan Francisco, según Coke.



Las últimas obras de don Juan Francisco